

Crónica de medio día de julio en la calle

Estaba el cielo encapotado y prometía lluvia que esperábamos no cayera: era julio, la leche, cuándo iba a llegar el verano al norte, a ver si se les estropeaban los sanfermines a los navarros y a todos sus adeptos.

Subimos las verjas, limpiamos cristales –es un sitio apetecible para que perros y humanos meen a demanda–, sacamos una mesa a la calle y el perchero de las camisetas. Sobre la mesa colocamos con esmero y pulcritud libros y publicaciones periódicas; algunas pegatinas; las botellas de Burgos; los vinos de Aranda; algunos pares de calcetines; los mecheros; la enciclopedia; y, algún deucedé. Recolocamos las camisetas en sus perchas combinando colores, tallas y modelos. Y sacamos las fotos que inundarían las redes y servirían de insoslayable gancho.



Así, con todo dispuesto para afrontar el triunfo del capitalismo y del consumismo compulsivo –teníamos casi visto bueno para lanzar ofertas y hacer rebajas– una pareja se acercó. El sábado prometía, y ellos –él y ella, ella y él– se dispusieron a leer tan ricamente uno de los libros: “¡Tu cuerpo mola!” de Tyler Feder (2022).

Enterito se lo leyeron. Ni preguntaron el precio: solo les faltó fotografiar cada una de sus cuarenta páginas y compartirlas por redes virtuales. Está editado por Bella-terra. Creo que el sindicato se lo compró a la editorial Virus, no me acuerdo. Yo le tengo mucha manía –una manía irracional, como todas, tengo que confesar– y por eso lo puse en un lugar destacado, para ver si nos lo quitábamos de encima. A medida que ellos –él y ella, ella y él– pasaban las páginas y se hacían respectivamente comentarios complacientes, yo anticipaba el sonido de las monedas en la caja: dieciocho euros. Incluso, estaba dispuesta a dejárselo en quince y poner yo la diferencia si intuía escasez.

La editorial lo promociona con este texto: “¡Mi cuerpo, tu cuerpo, todos y cada uno de los cuerpos! Todos los cuerpos son geniales. ¡LOS CUERPOS MOLAN! Este cuento es perfecto para quienes les gusta leer en voz alta. Nos enseña la diversidad de los cuerpos de una manera que no habíamos visto antes en los cuentos infantiles. En sus páginas podrás encontrar escenas de la vida cotidiana repletas de detalles, donde aparecen cuerpos de todos las formas y tamaños. Contiene una mirada positiva sobre

cada uno de los cuerpos, y hará que todas las familias quieran leerlo y compartirlo con sus peques.”

Dice el diccionario que molar significa “gustar, resultar agradable o estupendo”. Y me entretengo elucubrando en torno a sus cuerpos y en torno al mío. Si no eliges algo, me pregunto qué importancia puede tener su estética, su composición o su aspecto. Y de un cuerpo, el mío o el de ella o el de él, será vinculante aquello que nos facilite vivir o aquello que nos admita resistir o lo que nos permita lograr: el resto son vanos devaneos.

Continuaban pasando páginas: disfrutaban. Encontraron alguna imagen en la que sintieron no sé qué reflejo personal: “Se parece a ti, sí.” “Esta es igual que tu abuela, igualita”. Veinticinco por veinticinco centímetros mide la obra, y yo fantaseaba con envolverlo con un par de hojas de Pandora –por lo de contrarrestar fuerzas y textos, cada veneno debe ir acompañado de su antídoto por cuestiones de salud pública– y por lo de protegerlo por si llegaba la prometida lluvia.

La editorial lo plantea como parte de su colección infantil con afán pedagógico y a buen seguro para facilitar que criaturas de todos los colores acepten los cuerpos que les toquen en la gran lotería genética. La publicación incita al respeto de los otros cuerpos independientemente de su aspecto, forma, equilibrio o color. Pero intuyo un falso trasfondo de trascendencia: se apoya en egocentrismos que falsean la realidad. Alardean de una aceptación impuesta que baila fácil al son del neoliberalismo y de las baladas sentimentaloides. En mi opinión, sería mucho más interesante poner en valor lo azaroso de nuestros cuerpos –no son destino, son instrumento y posibilidad, y te las tienes que arreglar– y lo fértil de la solidaridad en términos de justicia social. Sin embargo, esos caminos no los transita la Feder, que sospecho se maneja mejor entre estereotipos sexistas, neocolonialistas y edadistas.

Una nube se me puso en la cabeza cuando vi que colocaban el libro de marras en el lugar en el que lo habíamos puesto inicialmente, sobre la mesa. Aventuré que no nos librábamos de él en esta ocasión. Hice amago de regalarles dos periódicos: los dos últimos trimestrales de la Confederación.

–No, no, nosotros de política nada– dijeron al unísono, y yo me maravillé con aquella sincera sincronía que exhibían.

Me callé lo que pensaba, no fuera a ahuyentarles de un par de calcetines, que estaba segura de que caerían porque hacía fresquito, y la combinación rojinegra no les desentonaba con la vestimenta neutra que llevaban.

– ¡Ay, mira, en la botella pone Burgos! Es que yo soy de Burgos– dijo ella sonriente, mientras yo pensaba, la botella cae, se la compra seguro... Y la volvió a colocar. La colocó fatal y por poco cae, pero al suelo. Me la imaginé abollada, rodando y en mi casa tras haberla pagado yo.

– ¿Pegatinas? – dijo él sonriente, mientras yo se las ofrecía dejando claro en el gesto su gratuidad – Yo es que vasco no entiendo – adujo desordenando el taco.

– En todo pone cenete, ¿con nosotros también? ¡qué gracia! – aseguró ella, y murmuré contenida, Confederación Nacional de Trabajadores, para que no me oyera y no viera frustrado su alarde de grandísima y ágil imaginación.

– Me recuerda al museo ese en el que hemos estado – dijo ella – así esas fotos –y señaló las portadas del libro de Mujeres Libres (Virus editorial, 2017) y del de Anselmo Lorenzo, El proletariado militante (Solidaridad obrera, 2005).

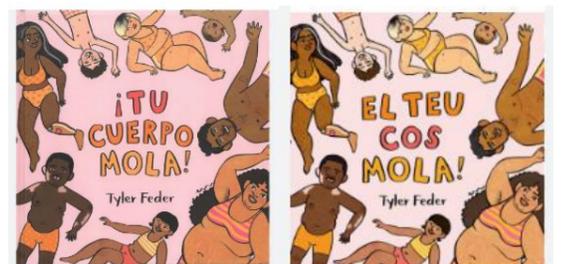


Buah, si se llevan esos dos libros, triunfamos seguro. Si los leen, se afilian sin pensarlo. Y, si los comprenden, la revolución está ya aquí, pensé.

– El de las víctimas – me explicó él muy pedagógicamente– fotos viejas, ¡qué viejas!

La madre que me parió: están haciendo turismo y no se enteran, no se enteran de nada ni cuando hacen turismo ni cuando dejan de hacerlo, y yo tampoco: no me entero ni de mercados callejeros ni de instintos primarios ni de psicología social ni de nada; no me entero de nada. En el museo que mencionan –que no pienso visitar– no creo que tengan fotos ni de anarquistas ni de libertarios, que los dineros públicos no andan financiando a quienes les desafían: no pueden perder esfuerzos ni tiempo en re-presaliarlos por todos los medios, con violencia o con silencio e ignorancia.

Ella volvió a coger el libro de la Tyler Feder. Que sí, que se lo lleva, pensé yo.



Pero fue que no, que lo va a dejar mal colocado, porque toda ella mola: su cuerpo, lo que hace, lo que piensa y lo que dice –ya no necesitamos más libros de autoayuda, se lo aseguro desde un convencimiento férreo, el trabajo ya está hecho–, y de paso me va a tirar el vino de Aranda, y entonces, la vamos a armar, y se van a implicar en política, se van a enterar de víctimas, de provincias aledañas, y hasta vasco van a aprender en un intensivo que les voy a regalar yo misma.

—Ponte una chaqueta, si te vas a quedar aquí mucho rato en la calle —me dijo él— que la temperatura...

Se van, y tengo que reconocer que no han comprado nada, pero se han preocupado por mí, y por la posibilidad de que me resfríe si no me abrigo; la posibilidad de que yo sea imbécil y no sepa abrigarme si tengo frío. Se alejan calle arriba, y no viene nadie más. Nada de los ríos de gente habituales siguiendo al guía de turno y fotografiando la virgen que nos vigila persistentemente desde una hornacina colocada bajo el primer piso del edificio de enfrente —creo que esconde una cámara de videovigilancia en su santo seno, instalada para medir todos nuestros pasos y grabar todas nuestras conversaciones—. No pasa ni la policía que habitualmente pasa con frecuencia rigurosa y religiosa en intervalos de quince minutos. Tantos elementos protectores en este sesenta y cinco de la calle Correría...

Así, con todo dispuesto para afrontar el triunfo del capitalismo y del consumismo compulsivo solo viene a nuestro encuentro la lluvia. Tenue pero insistente —ese calabobos persistente o chirimirí, perdón, *txirimiri* con inquina— logró que desaparecieran los escasos viandantes y corrimos a por plásticos transparentes que cubrieran nuestro precioso puesto de exposición y venta. Los plásticos, encantados: desde que protegieran las publicaciones que nos prestó un compañero para acompañar la exposición de Mujeres Libres allá por el otoño del veintidós no habían visto la luz y siempre es bueno respirar al aire libre.

Para distraerme tras lo acontecido y frente al pronóstico del tiempo me puse a curiosear en la red virtual. La Feder tiene en su página personal estas joyas:



Ver eso me exasperó aún más: todo me resultó muy ombliguil. Intuía inventarios de consejos baratos para resolver individualmente malestares colectivos con trucos rancios y paralizantes, que lejos de invitar a la lucha solidaria remiten al espejo hipnotizante y al aplauso ferviente. Que si mi familia, que si mi ropa, que si mi teléfono, que si mi cuerpo, que si mi boda... Abajo la propiedad privada, y, por cierto, no hemos sacado nada de Kropotkin ni de Bakunin a la venta. ¡Ay, si Proudhon levantara la cabeza! Nadamos en un mar de adjetivos y pronombres posesivos que nos ahoga. Y de tanta soberbia, apenas conjugamos los de la primera persona alimentando esclavitudes de lo más variopinto.

Así que cogí “No le deseo un Estado a nadie” (VVAA, Pepitas de Calabaza, 2018) para encontrar algunas certezas que recordaba difusamente y que esperaba me ayudaran para comprender qué está pasando:

“No es este un volumen para reafirmar nada: las cinco certezas que nos quedan en pie en febrero de 2018 —que nos repugna la autoridad en todas sus variantes; que las banderas nos dan náuseas; que las fronteras son construcciones entre suicidas y asesinas, y que no aguantamos a los listillos de la clase—, siguen intactas, pero necesitamos entender qué está pasando y este libro —que quiere ser informativo y reflexivo a la vez— aporta elementos para esa comprensión.”



Y me reafirmo en mi convencimiento a pesar de que pretendía pertrecharme de dudas que hicieran tambalear mis certezas: cuatro Estados llevamos a costas los trabajadores sobre nuestras espaldas, y dentro de nuestras cabezas. Una suerte de Estado municipal, muy pesado, con mucha policía y mucha virgen en hornacinas. Un Estado autonómico, perverso, con más policía, y fértil política lingüística para iluminados —Euskadi, comunidad autónoma donde menos subieron los sueldos el año pasado—. Un Estado nacional, con aun más policía, memoria histórica, y mucha inversión en salud mental y en derechos sexuales. Y, cómo no podía ser menos, un Estado europeo, con todavía más policía, parafernalia electoral, desfile de modelos y de fascismos, y políticas agrarias

neutralizantes de toda autonomía alimentaria —fundamento y base de cualquier atisbo de autodeterminación—.

Decidimos abrir una botellita de vino de Aranda porque también ayuda con las certezas y con las dudas —ambas son importantes en igual medida—: ya era la hora del vermut y nos lo merecíamos. Y como si los aromas atrajeran clientela se fueron aproximando algunas personas más: tres camisetas, dos botellas de vino, y unos calcetines vendimos. Cincuenta euros de caja. Repartimos unos cuantos periódicos: uno fue rechazado, el convidado nos dijo que no sabía leer... y se alejó calle abajo riéndose a carcajadas.

Amainó, y arreció el hambre. Retiramos los plásticos, y los pusimos a secar. Comenzamos a recoger todo. Yo dejé premeditadamente el libro de la Feder sobre la mesa: con un poco de suerte pasaba algún amante de lo ajeno, y se lo llevaba, y yo dejaba de verlo en el expositor del local sindical en todo su esplendor. Se paró una chica, y me acerqué para saludarle con un par de periódicos en la mano que pretendía regalarle.

—Egunon, en euskera no lo tenéis ¿verdad? — me dijo con cara de satisfacción apesebrada por el sistema, y malestar manifiesto por nuestra desfachatez en pleno corazón de la capital de la autonomía vasca...

No respondí, apenas negué en silencio con la cabeza intentando poner cara de emoticono con sonrisa inversa —que esta gente solo entiende cierta iconografía...—, y no le regalé los periódicos. Se alejó con aire circunspecto pensando, seguramente, que era intolerable. Creo que se dirigía al museo de las víctimas y no era conveniente propiciar que dejara nuestras publicaciones olvidadas en su váter. Olvidé contarle que al catalán sí que lo habían traducido, aunque se nos habían agotado las existencias, y me reí con ganas y con lágrimas —para ella, solo para ella— como el emoticono que simboliza las carcajadas calladas que intercambiamos con los teléfonos. Es mejor que no sepa que existe traducción al catalán: vivirá más feliz y su cuerpo le molará más.

Por la noche vi una sugerente película que me llevó a escribir todo esto, antes de que me traicionara la memoria —la mía y la histórica, juguete del Estado nacional—: “La mujer del espía” (Kiyoshi Kurosawa, 2020). Avanzada la película escucho un diálogo en el que se debate qué es más importante y qué merece más la pena acometer: la felicidad de dos —de veinte, de doscientos— o la justicia universal. Y con eso me quedo: la felicidad de aquellos dos como tránsito hacia la justicia universal que nos llevará a volver a sacar nuestras publicaciones cada primer sábado de cada mes a la calle. Ese fue el propósito. Y a ver si nos quitamos de encima el cuerpo que mola, para conseguir más cuerpos que, cabales, obran.

Sede: Calle Correría, número 65, bajo
01001 – Vitoria Gasteiz
Dirección postal: Apartado de correos 1554
01001 – Vitoria Gasteiz
Horario: martes y viernes de 19.00 a 21.00; y,
miércoles de 10.00 a 12.00 horas
Teléfonos: 945 28 29 74 y 688 86 13 64



Direcciones de correo electrónico:
cntgasteiz@gmail.com / vitoria@cnt.es
Redes virtuales:
<https://vitoria.cnt.es/>
<https://x.com/CNTVitoria>
<https://es-es.facebook.com/CNTVitoriaGasteizCNT/>
<https://www.instagram.com/cntgasteiz/>